# EL ALBUM DE LA MUJER

## ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

**PRECIO DE SUSCRICION.**

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados..... 4 50 " "
En las Repúblicas del Sur y Centro América..... 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

**Números atrasados, 50 centavos.**

AÑO V.—TOMO VIII.—NÚM. 24

MÉXICO, 12 DE JUNIO DE 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

**CONDICIONES DE LA SUSCRICION.**

**El Album de la Mujer** se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,
*Un periódico mercantil y de noticias.*
La suscrición es por trimestre ó semestre.

**Apartado en el Correo núm. 604.**


El descubridor de América

1. Colón pide pan para su hijo.—2. Colón desembarca en el Nuevo Mundo.—3. Colón es recibido por el Rey.
4. Colón encadenado.—3. Retrato de Colón.

# LA MUJER.

Tan vana y baladí como la disputa sobre la competencia entre la útil industria y el arte puro, como la disputa sobre la competencia entre la filosofía racional y la religión revelada, parécome la disputa sobre la competencia entre los dos sexos. Como cada cual desempeña un ministerio distinto y cumple un fin, á primera vista opuesto, y en realidad idéntico, sus cualidades, lejos de combatirse y anularse, cual quieren cuantos hablan de la inferioridad del sexo débil ó de la superioridad del sexo fuerte, se completan y se perfeccionan entre sí mutuamente. No andaría el mundo sin el movimiento que á su masa presta la fuerza del hombre; pero no viviría el hombre sin la luz en que lo anima el mirar sobrehumano y sin el fuego con que lo abrasa el amor divino de la mujer. Quitad en la creación lo masculino, el esfuerzo y el trabajo, y el combate; las selvas primitivas cubiertas de abrojos y pobladas de fieras la envolverían aún en sus sombras espesas y en sus vapores ponzoñosos. Pero quitad lo femenino, y quitareis el aroma de sus flores olientes, el centelleo de sus estrellas luminosas, el coro de sus aves canoras, la poesía de sus noches de luna, el susurro melodioso de sus parleros arroyos y el color azul de sus lagos celestiales. El hombre trae, como lo demuestra el simbólico Prometeo, con su hierro, con su pedernal, con su espada, con su martillo, los instrumentos que abren los dobles surcos debidos á la industria y á la guerra, de los cuales han brotado tantas grandezas; pero la mujer trae, como lo demuestran las simbólicas musas, el color á la paleta, el cincel á la estatua, el plectro á la lira, el sentimiento á la religión, el cielo á la tierra, esas lágrimas evaporadas á lo infinito, en cuyas nubes ceñidas por iris multicolores, descienden aquí el arte y la poesía.

Lo fuerte, lo rudo, lo bélico, atañen al hombre por las relaciones entre las facultades varias y la finalidad propia de todo individuo y de toda especie; pero lo delicado, lo tierno, lo melodioso, lo suave, lo bello, atañen á la mujer, llamada por su naturaleza y por su complexión fundamentales y perpetuas, á embellecer y encantar la vida. ¿Qué sería de nosotros, los feroces varones, metidos en la batalla eterna, como el infernal cazador de la leyenda, si nunca jamás hubiéramos de hallar tras el combate su sonrisa de amor, la santa bendición de sus breves manos, el bálsamo que vierte y la venda que pone sobre nuestras heridas, el consuelo que ofrece á los acerbos dolores, la esperanza que inspira de renovación y de perpetuidad á nuestra especie? Mirad cómo la lengua nuestra, en su intuitiva filosofía, se ha esmerado por dar terminaciones femeninas y femeninos caracteres á todo lo delicado en el Universo. ¡Ah! No desdeñeis la brisa porque haya el huracán, la luna porque haya sol, la estrella porque haya el cometa, la luz porque haya el fuego, la rosa porque haya el cedro, la colina porque haya el monte, la paloma porque haya el milano; todas estas disonancias, al parecer de la creación, se armonizan allá en el seno de su Criador y resultan como los ritmos en el verso, como las notas en el pentágrama, como los matices en el cuadro. La mujer y el hombre se buscan porque se aman, y se aman porque se completan. La humanidad se compone de unos y de otras, y necesita de toda necesidad á los dos para conservarse y reproducirse. Un sexo, al denigrar su opuesto se denigra sin quererlo á sí mismo, pues maldice á quien ama y reniega de quien lo perfecciona. En las armonías naturales reveladas por el amor universal, están la paz y la felicidad perpetuas.

Los más dados á restringir el ministerio de la mujer en el mundo, tendrán que proclamar una cosa bien evidente, pero con frecuencia olvidada entre las ideas más vulgares y sabidas. El Profeta dijo que solamente Dios es grande. Pues bien; solamente la mujer es madre, y como madre tócale iniciar la educación del género humano. Ella tan sólo, por su intuición profética y con sus milagrosísimas facultades adivinatrices, acierta en el mundo á mascar, digámoslo así, el sentimiento, la noción, la idea, para dárselos ablandados y contenidos en expresiones sencillas y fáciles á los niños, como el ave humedece y amasa las duras semillas apropiándolas al buche de sus polluelos en el nido. Desde que la mujer se siente madre, parece recibir del cielo dones intelectuales vedados á los sabios. Una madre alcanza por el sentimiento lo que muchos mortales privilegiados no alcanzan por el raciocinio ni aun por el genio. Para conducir y criar á sus hijos, la mujer sabe la moral más sublime que los determina con sus enseñanzas y ejemplos á las acciones mejores; la higiene que los preserva de cuantas asechanzas les asesten, así los elementos sociales como los elementos naturales; la medicina que los estudia con cuidado y los cura de sus dolencias con felicidad; la teología indispensable para departir de Dios y de sus santos al rayar el alba ó morir el día entre los himnos de la naturaleza embellecida por los crepúsculos y los rezos de los fieles provocados por las campanas que tocan á oración; el arte conducente á poner los conceptos más abstractos en los apólogos más sencillos, pues así como no hay místico que hable de Dios cual una madre á los pequeños, no hay poeta que refiera cuentos como los oidos de los santos maternales labios al despertarse y al dormirse uno en su blando regazo y en la primer inocencia.

Cuentan los naturalistas cómo la hembra del precioso insecto denominado cochinilla, nutre su posteridad enteramente de su jugo, de su vida, y cuando ya les ha trasfundido toda ella y muere, todavía mantiene sobre los incipientes corpúsculos el tegumento ligero de su película con el fin de socorrerlos y sustentarlos hasta después de la muerte. Pues bien; lo mismo, exactamente lo mismo, la madre, que no contenta con haberles dado la sangre de sus venas en la gestación, la leche de sus pechos por primer alimento, los cuidados de toda la vida, sus días más felices, sus noches más preciadas, criándolos, instruyéndolos, interponiéndose como su escudo entre aquellos amados corazones y los males y los daños frecuentes en nuestra mísera existencia, cuando se muere levantada en alas de los ángeles y en premio á sus virtudes hasta el cielo, se postra de rodillas en la bienaventuranza y, con las manos plegadas en adoración estática, consume la eternidad interceciendo por la salud y por la paz de sus hijos.

EMILIO CASTELAR.

# MIS CONTEMPORÁNEOS.

GARCÍA GUTIÉRREZ.

Al oirnos hablar de D. Antonio á todas horas en el saloncillo del teatro de la Comedia, decía un forastero:

—¿Por qué se ocupan vdes. tanto de Cánovas?

—No, no es Cánovas nuestro ilustre amigo, nuestro padre común, por todos los autores dramáticos venerado. Le llamamos como jefe del Gobierno; pero sépalo vd., el hombre que ocupa todas nuestras conversaciones, es D. Antonio García Gutiérrez.

Para nosotros, los que vivimos de telón adentro, este venerable anciano es, antes que el autor y el poeta, el ilustre amigo á quien salimos á recibir á la puerta del escenario, y á quien llevamos del brazo al sillón de junto á la concha, cuando puede ir á ver los ensayos de sus comedias.

—Don Antonio, ¿le parece á vd. bien así?—dice la actriz.

—¡Qué hermosos versos, D. Antonio!—le dice un poeta.

—¡Pero este D. Antonio, parece que tiene quince años!—exclama un compañero suyo en la Academia.

Y D. Antonio, con sus cabellos blancos, su sombrero un poco echado hacia atrás, sus gafas azules, su gabán largo y las manos en los bolsillos, temeroso como un principiante, y cariñoso con todo el mundo, parece, allí en el escenario, el abuelo de aquella familia de artistas y de poetas.

Ni le hay más modesto ni más afable.

Nadie que le ha hablado una vez dejará de quererle, y aunque valiera menos se le querría lo mismo; tal es la atracción que ejerce sobre sus semejantes.

Los grandes éxitos le cogen dormido. Carlos Coello suele ir á despertarle y darle cuenta de lo que ocurre. No hay miedo de que se vista y vaya al teatro y salga á la escena. Fué, sin embargo, el primer autor dramático español á quien el público hizo los honores de la presentación en público. Pero desde que conoce su autoridad, quiere prescindir de estas vanidades. A su actitud debo yo la resolución de no salir nunca á la escena en noche de estreno, porque cuando estos genios de la escena dan ejemplos de tal modestia, ¿quién que sienta le pena de no serlo ha de atreverse á asomar á la puerta del foro cada vez que le aplauden una redondilla, como diciendo:—Aquí estoy, ó esperando que me llamaran?—En ningún país de Europa se abusa tanto de estas exhibiciones como en el nuestro.

Don Antonio García Gutiérrez es de los que han logrado la inmortalidad en vida.

Para el pueblo de Madrid es ya un legendario. Es siempre el autor de *El Trovador* y del *Rey Monje*, de *Venganza Catalana* y de *Crisálida y Ma-*

*riposa*. En sus dramas no suele haber grandes tiradas de versos, ni décimas preparadas para hacer efecto, ni nada de lo que constituye el *metier* de los perros viejos del teatro; pero con solo abrir un manuscrito, y sin conocer su letra, se adivinaría que era suyo por las finezas del estilo.

Sólo él sabe decir aquello de

Cuando lejos de ella esté,
Veré si olvidarla puedo. . . . .
Pero ¡ay señor! tengo miedo
De que no la olvidaré.

Sólo él ha presentido, desde que hacía centinela, las delicadezas que suelen tener los poderosos de la tierra. Cuando escribió *El Trovador* era soldado. Hoy impera en las letras españolas.

*Le premier qui fut roi fut un soldat hereux*,

decía el poeta francés. ¡Dichoso soldado el venerable poeta, que ha llegado al trono de la gloria por aclamación de todas las personas de buen gusto!

EUSEBIO BLASCO.

# ECOS DE LA MODA.

En la época presente no son ecos, son voces continuadas, un motivo siempre constante que hiere dulcemente en el oído, variaciones sobre el obligado tema, y donde quiera que se ven tres señoras reunidas, de allí brotan indicaciones que la cronista se apresura á recoger, unas veces para retenerlas, otras para dejarlas libres en el viento porque no merecen más.

Las carreras de caballos, como de costumbre, han ofrecido la mejor parte, y en la tribuna de libre circulación, y en los carruajes abiertos, se han lucido vestidos deliciosos, mucho encaje crudo y beige con seda ladrillo ó verde musgo; mucho cristal mordoré ó bronce con vestidos de su color, y á propósito de ello decían dos lindas jóvenes, que en el paseo contemplaban el brillante desfile de las carreras:

—¡Cómo se abusa del cristal! Mira la duquesa de B. recostada en su victoria y deslumbradora por el bordado de su vestido. Gracias á que la llevan, porque si no, no podría moverse con tanto peso.

—No seas exagerada; vuelve los ojos á las que pasean á pie, y encontrarás algo parecido: vestidos y manteletas se recargan de cristal, y cuando creíamos que el abuso pondría término á la moda, ésta se impone con más fuerza, porque preciso es confesar que es muy bella.

—Cuando no se extrema, tienes razón: no hay adorno que realce un vestido como el cristal de su propio color en una quilla, un plastón en el pecho..... y no admito más.

***

—¿No sabes que los fichús vuelven á recobrar el favor perdido para el teatro y el salón? decía una joven á otra en uno aristocrático en dia de visitas.

—Me han dicho que llevaba uno delicioso la vizcondesa de L., una de las noches en que trabajó M. Coquelin en la Comedia. Gasa rosa y encajes blancos prendido con un ramo de eglantinas rojo oscuro.

—Y han traido otros de París á la hija del general M. y á las de G., todos de pequeña forma, drapeados por delante, y sujetos con lazos ó encajes. Son un lindo complemento de sociedad, y no es extraño que se generalice pronto.

***

—Usted, que es tan elegante, condesa, exclamaba en un palco de la Alhambra una hermosa dama citada en altos círculos por su buen gusto, ¿puede vd. admitir esas exageraciones para ahuecar nuestros vestidos? Vea vd. aquella señora, no puede entrar en las butacas, y si vd. observa á la que está delante, no puede recostarse por la dureza interpuesta entre su cuerpo y el respaldo del asiento.

—Amiga mia, la moda tiene tiranías inconcebibles. Yo comprendo que la falda algo abultada disminuye el talle y da lucimiento á la tela del vestido, pero toda exageración es de mal gusto. Yo no consiento á mis vestidos más que los aros interiores que ponen las modistas, y con ellos he prescindido de todo ahuecador: gasto la enagua con volantes por detrás, y se acabó.

—Y hace vd. muy bien, porque nada puede dar idea de lo molesto de ese artefacto que hemos dado en llamar polisón. Yo tampoco le uso, y sin embargo mis vestidos sostienen perfectamente el ropaje, y la amplitud que les da la modista.

—Es que no en vano se cita la de vd. como persona de habilidad.

—Prefiero una buena hechura á una buena tela, amiga mía.

—Eso hace toda mujer elegante.

Recogí la indicación y la comunico á mis lectoras como de verdadero interés, porque un vestido bien hecho será siempre superior á un vestido rico.

Madrid, 20 de Mayo de 1887. JOAQUINA BALMASEDA.

# A ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA.

Si en tu morada de calma
Y en este dia de luto,
Te basta para tu palma
Entre lágrimas del alma
Un recuerdo por tributo,

Yo, que no te conocí,
Pero que supe admirarte;
Yo, que tus libros leí,
Es justo que quiera aquí
Mi humilde ofrenda dejarte.

En mi amorosa memoria,
No con brillante reseña
Pretendo mostrar tu historia;
Para cantar tanta gloria
Me considero pequeña.

Quiero, con dolor profundo,
Tu muerte llorar tan sólo,
Ya que tu genio fecundo
Fué antorcha que alumbró el mundo
E irradió de polo á polo.

No anida sobre la tierra
Quien lleva un sello divino,
Que en triste y constante guerra
Tal vez el afán encierra
De terminar su destino.

Acaso en luchas crueles,
De esas que la vida agotan,
Y entre deseos infieles,
No alcanzaste más laureles
Que éstos que en la tumba brotan.

Tal vez, aunque el mundo á coro
Te ensalzó cual un portento
Y en tus libros vió un tesoro,
No quiso brindarte el oro
Que niega siempre al talento.

Por eso cuando se agitan
En dolorosos instantes
Ideas que resucitan,
Aun las figuras palpitan
De Camoens y Cervantes,

Que en el amargo existir
De nuestra vida ilusoria,
Tiene el hombre que morir
Para empezar á vivir
Sobre el polvo de la escoria.

Y así, aunque ya no suena
Tu voz dulcísima y pura,
Como en época serena,
Su eco vibrante aun resuena
Salvando tu sepultura.

Blasones, belleza, acaso
El tiempo, á la par que ruede,
Sepultar podrá á su paso:
Tú serás sol sin ocaso
¡Mientras una aurora quede!

Y aun en el postrer fulgor,
Cuando la tierra sucumba,
Hará el último cantor
Con su lira, en tu loor,
Una cruz para tu tumba.

Vates del gallego suelo,
Hoy con la vuestra enlutada,
Cantad en señal de duelo;
Que ella acoja desde el cielo
Nuestra ofrenda inmaculada!

Galicia.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

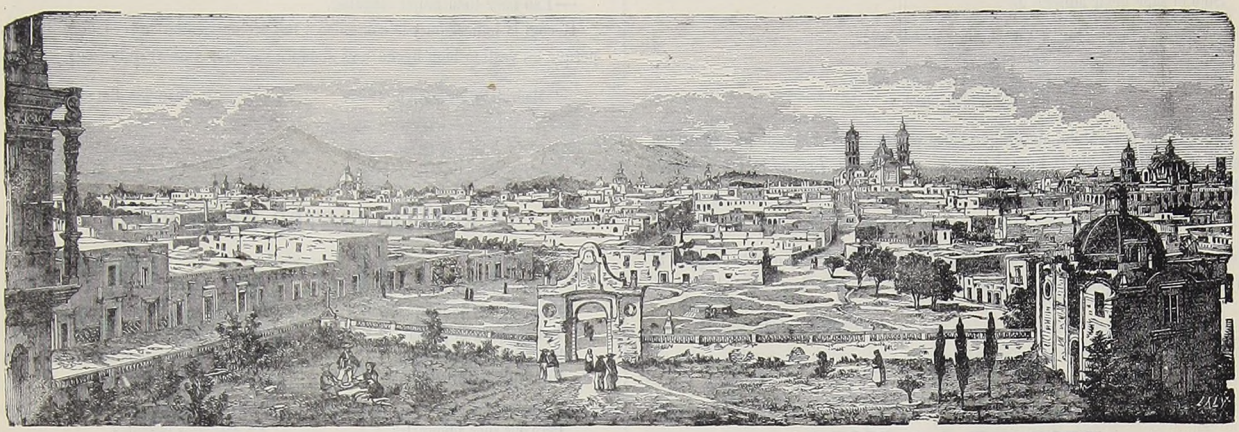
# GOTAS DE AGUA.

Gota de agua es la lágrima brillante
Que al nacer en los ojos se evapora:
Gota de agua es la perla de rocío
Que nace y muere en la mañana hermosa.

Gota de agua también es la perpetua
Gota que filtra y que la piedra horada,
Peregrina en las rocas de granito,
Caliza filtración de la montaña.

¡Gotas de agua. . . .! mas ¡ay! Cuán diferente
Es la que nace y muere en raudo vuelo
De aquella que entre rocas serpenteando
Se petrifica y desafía al tiempo!

Así también del alma soñadora
Brotan, á veces, fugitivas lágrimas,
Que mueren á la luz de una sonrisa
Que evapora el calor de una esperanza.



República Mexicana.—Ciudad de Puebla

Junto á la cuna

Y otras veces hay lágrimas que brotan
Y dejan en el alma para siempre,
Estalactitas de dolor profundo
Que el tiempo agranda, que jamás perecen.

Madrid.

SOFÍA CASANOVA.

## UN RECUERDO Y UNA LÁGRIMA.

¡Otra vez vuelves á mi fiel memoria,
Triste recuerdo que amargó mi vida!
¿No te bastó tronchar mis ilusiones
En los albores de mi edad florida?

¿No te bastó secar en mi alma virgen
La pura, ardiente y amorosa fe. . . .
Matar la llama que en su fondo había
Sin que dijeras una vez por qué?

En la edad venturosa, edad de sueños,
Eras mi sola, mi polar estrella;
Te imaginaba candorosa y pura,
Como era pura mi ilusión más bella.

El porvenir abierto ante mi vista
Yo contemplaba lleno de alegría;
Nada empañaba el límpido horizonte,
Todo era amor, perfumes, poesía.

Y contemplaba el cielo de mi vida
Cual terso lago que ilumina el sol,
Y que juntos los dos nos deslizábamos
Cual navecilla de la dicha en pos.

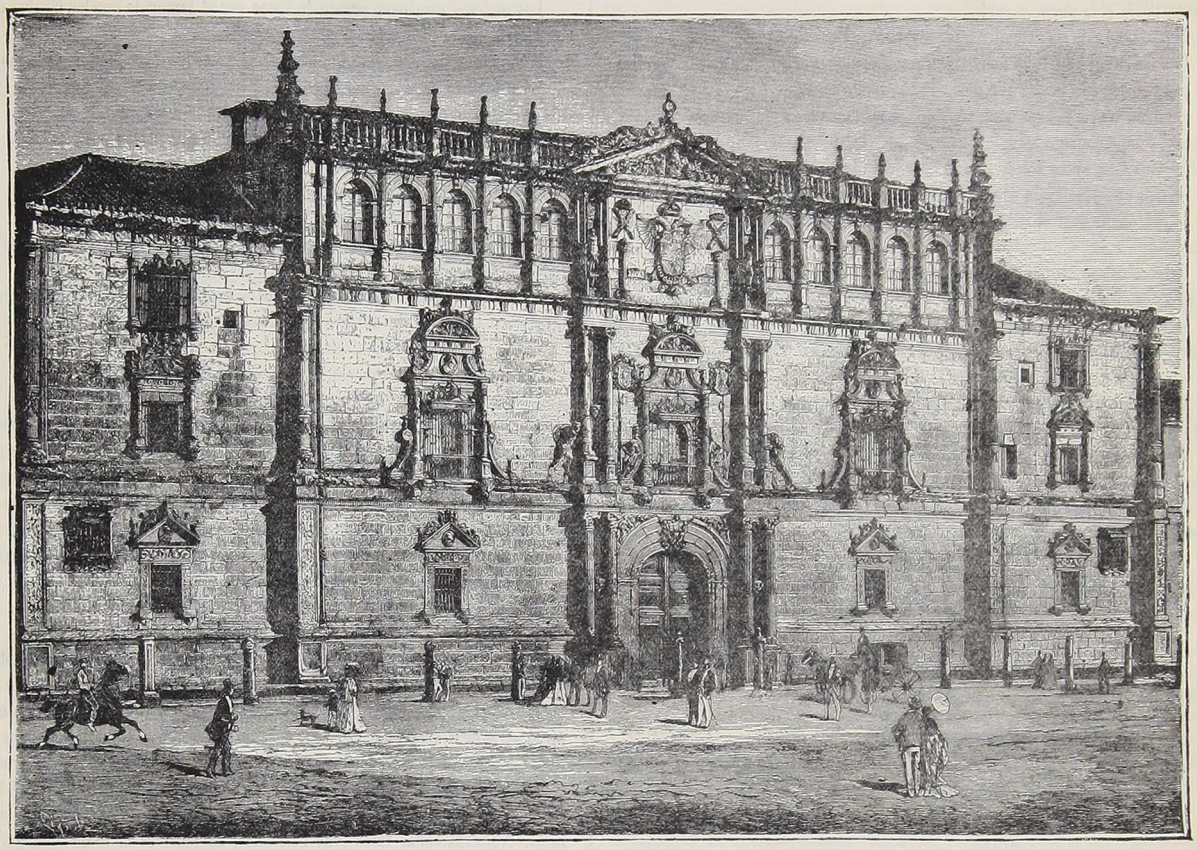
Tú, cual un ángel seductor reinabas
En el edén soñado para tí. . . .
Yo, pensaba en hacerte muy dichosa,
Envidiada de todos. . . . muy feliz.

¡Era tan bello el ideal formado. . . .
Tan grande mi pasión, que sin temor
Yo preparaba un cielo de ventura
Para pagar tu bendecido amor!

Y pensaba que tu alma sólo mía
Al orbe viera cual erial inmundo,
Y en mi ausencia tu elevado espíritu
Conservaría mi recuerdo oculto . . . . .
. . . . . .

¿Y conservas en el pecho
Algunas chispas del fuego
Que el dios niño, el niño ciego
En el mio alimentó?
¿No recuerdas con tristeza
Aquella ilusión amada?
¡Oh, qué llama tan sagrada
Que ni el tiempo la extinguió!

Yo. . . conservo dentro el alma
Ese recuerdo querido,
Como un tesoro escondido
Que alimenta mi pasión.
Y fomento el sacro fuego
Con tan preciosas memorias,
Que nunca reduce á escorias
La fe de mi corazón.



España.—Antigua Universidad de Alcalá de Henares

Nadie como tú, bien mio,
Conoció mi amor de niño,
Sin ficciones, sin aliño,
Pero firme siempre, sí.
En él cifraba mi dicha,
Era mi sola esperanza,
El faro que en lontananza
Alumbró mi porvenir.

¿Y qué es hoy de tanto fuego?
¿Qué de las dulces sonrisas?
Un puñado de cenizas
Parece que las cubrió.
Y sin embargo, un consuelo
Siente mi pecho angustiado,
Al evocar un pasado
Que cual un sueño pasó.

¡Oh recuerdos bienhechores
Que cual rocío del cielo
Calmais el ingente anhelo
De mis íntimos dolores,
A los tenues resplandores
Que proyecta en mi memoria
Esa simpática historia
Llena de dulce embeleso. . . .
Sois el beatífico beso
De un arcángel de la Gloria!

Guatemala.

MIGUEL DIEZ DE BONILLA.

## VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

*(Continuación.)*

—Señora, ésto no es nada.—Decía Alberto.—Es un paroxismo del cual pronto saldrá, es un síncope que no tendrá consecuencias.

El cuerpo de Cándida tenía rigidez cataléptica.

Marta, no encontrando otra cosa, les dió un frasco de aguardiente alcanforado, y con este líquido le hizo frotaciones en las sienes.

La joven empezó á indicar que recobraba el conocimiento; una sonrisa asomó á todos los semblantes.

Cándida abrió los ojos, pero la fijeza de su mirada imponía; semejábase á la vidriosa mirada del cádaver que ha quedado con los ojos abiertos.

Todos la miraron con pena y aflicción.

Por fin, al conocer que era objeto de muchas atenciones, les dijo sonriendo alegremente:

—¿Por qué me despertais? Era tan dulce mi sueño. Soñaba yo que un ángel de alas de color de rosa nos subía al cielo á los dos juntos, un ángel rebelde, muy negro, quería desunir nuestras manos; había lucha, terrible lucha entre el ángel bueno, él y el ángel de negras alas; por fin vencía el de las alas de color de rosa y nos llevaba á él y á mí unidos á unos valles más deliciosos que el paraíso de Adán. ¿Por qué me habeis despertado? ¡¡¡es tan hermoso soñar!!!

—¡Hija mía! ¡está delirando! ¡Qué triste estado! Cándida, amada Cándida.

Esta no pudo contestar; el paroxismo se repitió.

—Marta; hazle frotaciones, repítelas, date prisa. Dios mio, devolvedme á mi hija con la razón sana, sin ella me parecería que no abrazaba á Cándida, que era otra mujer, que me engañaba yo en mi frenesí maternal. ¡Piedad, Dios mio, piedad!

—Señora,—decía Marta—yo iré á llamar al médico; sí, á ver qué mal es el que padece mi señorita.

—No te precipites, Marta, si yo tuviera confianza en los auxilios de la ciencia, te hubiera mandado; pero es inútil, Cándida no necesita otro médico que Dios. ¡Sólo él la puede curar!

Marta calló por no entender una palabra de lo que su ama le decía.

Por fin la enferma tuvo fuertes estremecimientos nerviosos, y en uno de ellos se puso en pie con fuerza hercúlea. Había vuelto en sí.

—¿Qué teneis?—exclamó, viendo llorosos todos los semblantes;—ya estoy buena, completamente bien.

—Hija mia, entre Marta y yo te conduciremos á la cama.

—No, no—decía ella apoyada en el brazo de su madre,—si no me siento mal.

—Sé obediente: el médico vendrá y debes acostarte; tienes fiebre y estás muy débil.

Este caballero se encargará de avisar á D. Agustín, por no separarnos nosotras dos de tí.

—Sí, señora, manden ustedes con toda confianza, yo iré; sí, Candidita, debe usted acostarse y dejarse reconocer por el facultativo. Esto es muy necesario y conveniente.

Doña María explicó al vizconde las señas de D. Agustín, médico que las visitaba desde el casamiento de ésta con Santafé, por ser íntimo amigo de él.

Se trataban familiarmente, y era, según decían en Granada, uno de los primeros doctores.

El vizconde se enteró de las señas, y comprendiendo que estaba de más, saludó cariñosamente y se marchó.

Dirigióse á la fonda donde se hospedaba y allí dió orden á un criado para que buscase al doctor, encargándole muy especialmente acudiera pronto á la enferma de la familia de Santafé, en el barrio del Albaicín.

Al dia siguiente Alberto fué á enterarse del mal estado de la enferma.

—¿Cómo ha pasado la noche Candidita?—preguntó á doña María sin concluir de saludarla.

—Bastante tranquila.

—¿Estuvo el doctor?

—Sí señor.

—¿Y qué dijo?

—Que era preciso observarla mucho, y por los síntomas que se presentaran se conocería la enfermedad.

En el acto le hizo tomar una bebida antiespasmódica.

—¿Y cómo se encuentra hoy?

—Muy débil; no quiera Dios que continúe en su manía de no comer, pues en ese caso moriría por inanición.

—Busque usted cosas que le apetezcan, y si toma algún alimento, pronto recobrará sus perdidas fuerzas; la juventud resiste mucho.

—A ella la matará su excesiva sensibilidad. Le interesan más las penas de los otros que las suyas. Ella, aun rodeada de todas las dichas posibles, no podría ser feliz mientras hubiera en torno suyo alguien que sufriera. ¡Pobre hija mia!

—Dios ayudará.

—¡Ah! mi pobre hija está sentenciada á sufrir mucho en este mundo.

—Señora, ya que estoy enterado del alivio de Cándida, dejo á usted para que no se separe de ella.

—Por eso no, vizconde; ¿cree usted que estaría yo tan tranquila si no estuviera Marta á su lado? Esa virtuosa mujer es su segunda madre.

—De todos modos, la enferma querrá verla á usted constantemente á la cabecera de su cama.

—Se conforma con todo lo que yo hago; es muy buena hija, es un ángel. Yo espero para ella dias de ventura, pues lo merecen sus bondades.

—Verdaderamente. Hasta mañana, doña María; felicito á usted por el alivio de su hija que tanto me regocija y me complace.

Trascurrió algún tiempo. Alberto mandaba á preguntar por la enferma diariamente.

Cuando le dijeron que ya se levantaba, fué presuroso en alas de su curiosidad.

Esperaba que las primeras palabras que Cándida le dirigiera respecto á Mario, serían para cortar esos amores, terminando esa situación de un modo favorable para él.

—Sí—decía el vizconde—su madre le habrá hecho presente que debe renunciar á él, y doblará la cerviz ante las razones que dicha señora indudablemente le habrá inculcado y que ella encontrará muy atendibles.

De ese modo conseguiremos nuestro intento.

Su herida se cicatrizará; el tiempo es un bálsamo muy poderoso. Un diálogo con su espejo la dejará alegre y feliz, y verá en lontananza un porvenir riente y placentero.

Las mujeres concluyen pronto de llorar por el temor de que las lágrimas les arrebaten la frescura del rostro.

Cándida es mujer, por consiguiente cederá á esta innata coquetería de la mujer.

Lo demás es no conocer el sexo.

Voy á subir á visitarla y saciaré mi ardiente curiosidad.

El vizconde encontró á Cándida bordando en el bastidor.

Doña María haciendo calceta á su lado.

—Candidita, ¿está vd. completamente mejorada?

—No señor; estoy muy lejos de eso.

—El semblante de vd. se halla muy animado y se presenta hermoso en todo su esplendor.

—Gracias, vizconde. Mi enfermedad es incurable. Si Dios con su infinita misericordia operara un milagro en *él*, pronto curaría yo.

Mi enfermedad está en el alma.

Deseaba ver á vd., vizconde, pues necesito pedirle un favor.

—Siempre estoy á sus órdenes.

—Es preciso que escribamos á Mario; yo no conozco al que lee su correspondencia, por consiguiente quiero que lo haga vd. Ahora hay que alentarle más que nunca para que no se desespere; hay que hacerle saber que su gran desgracia, lejos de apagar mi amor, lo ha encendido más. Él necesita de mi consuelo, y nadie se lo puede prestar como yo porque nadie le ama con tan ciega idolatría. Yo perfeccionaré mi letra, estudiaré un tratado de ortografía y podré escribir todo lo que él me dicte. Sí, que venga á Granada; un sacerdote bendecirá nuestro amor y se instalará aquí en nuestra casa, será mi esposo y nadie me lo arrancará de mis brazos. Es preciso escribírselo así. Yo quiero hacerle grata la existencia, yo quiero que no carezca de cuidados y desvelos; aquí, rodeado de tanto cariño, de tanto amor, no deplorará su triste estado, se lo haremos olvidar; yo no quiero que padezca. ¡Mario de mi alma! ¿Qué sería de tí sin mi amor? Ven, ven, mi corazón te llama: ¿no oyes sus latidos? Vuela, vuela á mis brazos y no te separes de mí jamás. ¡Separarnos! nadie será bastante fuerte para ésto, yo te disputaré á la muerte, yo daré con mi aliento calor á la fría tumba cuando quiera encerrarte, y tu cadáver se animará. Nuestras almas están muy enlazadas, no tenemos nada que temer.

Has perdido la vista, pero tienes inteligencia; tú pondrás la parte ideal en los trabajos literarios, yo la mecánica. Tú crearás, mi mano dará forma á tus ideas.

La emoción había sido muy fuerte, la enferma se había exaltado al ver al amigo de su amante; á este delirio sucedió una calma espantosa, precursora de una horrible tempestad.

—Agua—gritaba—agua, me ahogo, siento circular por mis venas fuego; que me abraso, dadme pronto agua, aire; quiero aire, abrir balcones, yo me sofoco, qué angustia tan cruel!

—¿Qué sientes, hija mia? Dí, dímelo pronto.

—Aquí, aquí—decía poniéndose la mano en el corazón,—aquí tengo un gran peso; ¿por qué no me lo quitais? ¡Que se me deshace el corazón! Ya no me pesa; se me está disolviendo, ¿lo oís? No me haceis caso, nadie me quiere, sólo él. Ah, si estuviera él ya no padecería tanto; ¿por qué no le avisais?

Marta se precipitó á la calle en busca del médico; una vecina que oyó los gritos se introdujo en la habitación; doña María estaba abrazada á su hija, y el vizconde, víctima del más acerbo remordimiento, se echó á la calle.

La atmósfera de la casa de la enferma pesaba sobre su cabeza cual una plancha de hierro.

Los ojos parecían saltarle de las órbitas; su cabello estaba crispado, su rostro tenía una palidez cadavérica, y en todas sus actitudes se observaban los rasgos de un hombre que tiene extraviada, enajenada la razón.

—No puede ser,—dijo cayendo en un diván de su cuarto;—esta farsa ya no la sostengo por más tiempo, todos estos funestos resultados pesarían sobre mi conciencia; la salud de esa muchacha depende de las noticias que yo le dé; yo he hecho el daño, yo debo repararlo.

Sí, destruiré el mal que he sembrado. Si esa joven muere en uno de sus fuertes accesos, yo habré sido su asesino. No, no quiero cargar con culpabilidades que no tengo. Todavía me acuerdo de su horrible delirio. ¡Infeliz mujer!

No son todas coquetas, no son todas malas; ¿puede haber abnegación mayor que la de esa mujer?

Ella le quiere pobre, ciego, y como si ésto no fuera bastante, se ofrece á vivir siempre del producto de su labor para que no le falte á él.

¡Oh ese amor me inspira un gran respeto! ¡Es un amor que tiene mucho de maternal! Es un amor encerrado en el sacrificio. La conducta de esa mujer es la de una santa. Si por fin fuera fea; ¡pero una mujer tan hermosa!

Está ya visto; esa mujer es una heroína, es inflexible; le amará aunque todo se conjure en contra suya. Esa mujer es capaz de amarle aunque se vuelva idiota. Sí, ésto es exacto; le quiere pobre y ciego, lo mismo le querría tonto.

Yo no veo desenlace alguno á esta situación; mas eso no es cuenta mía, Mario se arreglará como pueda; también Victorina es una gran mujer, también le ama. ¡Qué complicaciones hay en la vida tan dolorosas! Los tres son á cual más desventurados. Yo no sé cuál me da más pena. Pero lo que ahora debo hacer es velar por la salud de Cándida; la imaginación que me ha sugerido medios para desesperarla, debe sugerirme medios suficientes para devolverle la paz, la tranquilidad y la salud.

El vizconde se dirigió al despacho de comunicaciones telegráficas, haciendo poner el siguiente telegrama:

«Sr. D. Mario Alcaraz.

Ven: Urgentísimo.

En el *Hotel de Europa*, tu amigo

El Vizconde de la Plata.»

Alberto dejó pasar cuarenta y ocho horas antes de volver á la casa del barrio del Albaicín.

La puerta de la calle estaba mal cerrada, le dió un empuje y cedió.

Empezó á subir muy agitado los pocos peldaños, y tropezó con Marta.

—¿Dónde está doña María, diga vd., dónde está? Pronto, traigo una buena noticia para Cándida.

—Señora, señora, salga vd., que viene alegría para esta casa, salga vd.

—¿Qué gritería es esa?

—Soy yo, doña María, yo que he recibido un telegrama y vengo á escape, porque le interesa á vd.

—¿Qué es, vizconde?

—Lo más grato: Mario ha sufrido una gran operación y acaba de recobrar la vista.

Albricias, doña María: nuestro amigo se ha salvado.

Esta señora dejó al vizconde con la palabra sin concluir, y corrió al cuarto de su hija.

Marta había quedado en la salita con la boca abierta y la mirada fija en el vizconde.

De repente se abrió una puerta lateral, y Cándida, apoyada en su madre, apareció envuelta en un grueso chal.

—¡Cándida, Candidita, somos felices!

—Sí, cuente vd. lo que ha sucedido, lo quiero saber detalladamente; sí, sí, vuélvame vd. la felicidad.

—El encargado de la correspondencia de Mario me ha puesto un telegrama diciéndome que ha recobrado la vista mi querido amigo. Hoy espero carta de Torrecanto y me dará detalles. Torrecanto es el que ha sostenido correspondencia conmigo durante estos días, y el que me pone al corriente de todo. Vive en la misma casa que Mario y yo.

—¡El cielo es justo, querido amigo! ¡Dios no me abandona! Mañana mismo empezaré á vestir mi hábito de estameña negra. ¿Pero es verdad, vizconde? No me engañe usted, pues la realidad sería peor después de hacerme acariciar la idea de que está curado.

—Lo que digo á usted es exacto; de tal manera, que he dejado á un chico de la fonda el encargo de traerme el correo de hoy para leerlo entero.

—¡Ah, qué bondad! ¡Esto lo agradezco más que todo! Así no dudaré: perdóneme usted, vizconde; la desgracia me hace desconfiada.

—Ojalá haya carta hoy de Torrecanto, y no le quedará á usted duda alguna de la veracidad de mis palabras.

—Dios lo haga así.

Media hora se deslizó entre exclamaciones de alegría y proyectos para el porvenir.

Llamaron á la puerta: Marta, que no se había movido de la sala durante la alegre escena, porque su señora le permitió gozar del inefable placer, ya que tanta parte tomaba en las penas, bajó presurosa á abrir la puerta de la calle.

Subió con una carta en la mano y la entregó al vizconde.

Esta carta la había dejado escrita Alberto, encargando á un camarero se la remitiese al barrio del Albaicín.

El vizconde tomó la carta y aparentó leer: cuando llegó á la firma la dió á Cándida.

—No, no,—dijo ésta—apenas entiendo la letra de mano, sólo puedo leer la letra de Mario, todas las demás son incomprensibles para mí; refiéranos usted el contenido.

*(Continuará.)*

## EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

**El descubridor de América.**—Cristóbal Colón, desde su más tierna edad, se dedicó al estudio de las matemáticas y de la astronomía, recorriendo varios países del mundo conocido entonces, pues sentía gran pasión por los viajes. Impulsado por un secreto presentimiento, ó por el deseo de llegar á la India sin doblar el Cabo de Buena Esperanza, se dirigió en vano al Rey de Portugal, á la República de Génova, para que le diesen los medios para hacer un viaje de exploración. Los reyes católicos, más generosos que los otros, le proporcionaron tres carabelas, saliendo del puerto de Palos en Andalucía el 3 de Agosto de 1492. Al cabo de sesenta y cinco días de un viaje peligroso descubrió tierra el 8 de Octubre, arribando luego á San Salvador, á Cuba y Santo Domingo. A su vuelta á España fué nombrado virrey de los países que había descubierto, y al año siguiente hizo otro viaje durante el cual visitó la mayor parte de las pequeñas Antillas y fundó varios establecimientos. En el tercer viaje, hecho en 1498, descubrió el Continente y recorrió la costa meridional desde el Orinoco hasta Caracas. Por último, en el cuarto viaje penetró hasta el Golfo de Panamá. Sufrió muchas persecuciones, se vió acusado y despojado de sus títulos, no teniendo siquiera la gloria de dar su nombre al Continente que había descubierto, gloria que le usurpó Américo Vespucio.

**República Mexicana.—Ciudad de Puebla.**—Esta bella ciudad, considerada como la segunda de la República, tiene aspecto europeo. Su plano está hábilmente trazado, pues son sus calles llanas y con un suave declive que hace fácil el desagüe. Posee templos, establecimientos públicos de importancia, y gran comercio, hallándose su industria en estado floreciente. En el Estado de Puebla la tierra es fértil para la agricultura; encierra también minas de plata, grandes salinas y ricas canteras de mármol. Actualmente se halla muy adelantada la instrucción pública, y se hacen continuas mejoras de ornato y embellecimiento.

**Junto á la cuna.**—El amor maternal es la fibra más sensible en el corazón de la mujer. La joven madre que hoy presentamos en nuestro grabado, acercóse á mecer la cuna de sus hijos con un libro en la mano para entretenerse; pero arrullando á los pequeñuelos se olvida de la lectura, y por eso el libro vése abandonado junto á sus pies. ¡Qué no olvidará una madre por sus hijos!

**España.—Antigua Uinversidad de Alcalá de Henares.**—Esta famosa Universidad, fundada en 1498 por el célebre Cardenal Cisneros, fué en una época centro de la ilustración de España, y su fama se extendía por el mundo entero. En tiempo de Carlos V llegó á tener esta Universidad once mil habitantes, número mayor que el de los habitantes de Alcalá en el día de hoy. La fachada del edificio, que era de tres pisos, y las estatuas que lo adornaban, fueron hechas de mármol blanco con un basamento de granito color gris. Cuando Francisco I hecho prisionero en nuestra gloriosa batalla de Pavía, al contemplar asombrado este magnífico monumento, exclamó: «Un solo monje ha hecho en España lo que en Francia habría necesitado los recursos de toda una dinastía de reyes.» Desde que la Universidad fué trasladada á la Capital de España, Alcalá ha decaido gradualmente; así es que esta grandiosa obra ya no despierta más que la curiosidad del artista ó del viajero amante de los monumentos históricos. La ciudad de Alcalá de Henares es patria de Cervantes y Solís, y en ella fué educado el Cardenal Cisneros, autor de una biblia políglota.

**La Mutua.—Compañía de socorros sobre la vida.**—Recomendamos la importancia de esta Sociedad en el artículo de la pág. 192.

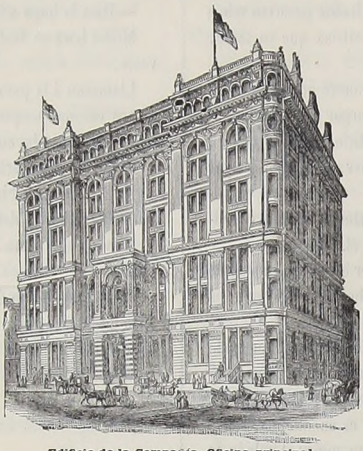
# LA MUTUA.

## COMPAÑIA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA, DE NUEVA YORK.

En el año de 1843 un grupo de hombres previsores y llenos de buena fe se reunía en una modesta habitación en la parte baja de la ciudad de Nueva York, para discutir las bases de una Compañía de Seguros sobre la vida, que á imitación de las de Inglaterra, fuese el amparo de los desgraciados que perdían el sostén de la familia. En corto tiempo quedaron discutidas estas bases y se formó la Compañía que lleva desde entonces el título de

**The Mutual, Life Insurance Company**
**of New York.**

Al instalarse no se pensó en capital, puesto que los principales socios no habían aún ingresado á ella. Estos principales socios eran los asegurados. Así la Compañía se estableció sin capital; sus fundadores, hombres todos de rectos principios, estaban dispuestos á sufragar de su propio peculio el montante de cualquier siniestro mientras la Compañía se establecía con sus propios recursos. No tardó ésto en suceder, y al cumplirse el año de la fundación, el balance arrojó un beneficio de $ 32,311. Esto fué en 1844, y desde entonces, cada año que trascurre, aumenta ese beneficio, como puede verse en la adjunta tabla que hemos extractado de sus libros.



**Edificio de la Compañía, Oficina principal.**
Ciudad de Nueva York.

ACTIVO.

**1844** . . . . . **$ 32,311**

| | | | |
|---|---|---|---|
| 1845 | $ 97,490 | 1865 | $ 12.235,408 |
| 1846 | 216,988 | 1866 | 14.885,279 |
| 1847 | 327,958 | 1867 | 19.311,367 |
| 1848 | 563,968 | 1868 | 25.319,320 |
| 1849 | 758,473 | 1869 | 31.834,389 |
| 1850 | 1.023,940 | 1870 | 37.579,169 |
| 1851 | 1.298,388 | 1871 | 44.609,156 |
| 1852 | 1.627,656 | 1872 | 51.577,977 |
| 1853 | 2.060,649 | 1873 | 58.550,059 |
| 1854 | 2.543,302 | 1874 | 65.609,838 |
| 1855 | 2.850,078 | 1875 | 72.446,970 |
| 1856 | 3.309,086 | 1876 | 78.830,195 |
| 1857 | 3.787,946 | 1877 | 82.360,189 |
| 1858 | 4.685,909 | 1878 | 85.033,318 |
| 1859 | 5.374,933 | 1879 | 87.127.615 |
| 1860 | 6.233,517 | 1880 | 88.462,995 |
| 1861 | 7.237,989 | 1881 | 91.735,786 |
| 1862 | 8.086,261 | 1882 | 94.702,958 |
| 1863 | 9.225,120 | 1883 | 97.961,317 |
| 1864 | 10.384,676 | 1884 | 101.148,248 |

**1885** . . . . . **$ 109.000,000.**

En **1886** el fondo de familia de esta Compañía ascendió á **$ 115.000,000.**

Es decir, á tanto como es el capital unido de todos los Bancos Nacionales del Estado de Nueva York, resultado gigantesco no obtenido hasta el presente por ninguna Compañía en el mundo. De las Compañías inglesas, entre las que hay algunas más antiguas que La Mutua, no llega el monto de sus operaciones combinadas ni con mucho á las de la que es origen de estas líneas.

Principiar sin capital y sin práctica en las operaciones de Seguros de Vida, y sin otro prestigio ó apoyo que el de la buena fe y el convencimiento de una acción benéfica, y llegar en el corto período de cuarenta y tres años á tan prodigioso resultado, es cuanto puede apetecerse.

El activo de la Compañía, hemos dicho antes, es de **$ 115.000,000,** como se ve detalladamente en el balance.

En solo propiedades raíces tiene la Compañía $ 10.992,000; en bonos de los Estados Unidos y otros; $ 39.000,000 en préstamos con hipotecas; $ 49.000,000, y así sucesivamente hasta llegar á aquella fabulosa suma, que quizás, á excepción del Gobierno de los Estados Unidos y alguno más, no hay otro que la tenga hoy, y sobre todo tan limpia. En ella no hay un peso ganado con usura, con ardid de mala ley, con engaño ó falsedad.

Desde su instalación esta poderosa Compañía ha pagado á sus tenedores de Pólizas sobre 230 millones de pesos. Para ello nunca ha sido necesario que acuda á su fondo de reserva. Sus entradas anuales, tanto de sus nuevos socios como de su capital invertido, son suficientes á cubrir todos sus gastos, dejando un sobrante de millones que va á aumentar aquel capítulo (el fondo de reserva). Los gastos de La Mutua, al concluir tan gigantescas operaciones, son muy reducidos y comparativamente menores, en razón de su capital, que el de las otras compañías.

La Mutua es la institución financiera más fuerte del mundo, y al mismo tiempo es liberal con sus asegurados. No pone trabas, si el tenedor de una Póliza cumple su compromiso y paga sus premios con exactitud. La Mutua paga el valor de la Póliza á su vencimiento; pero no paga sólo el valor de la Póliza, sino que agrega á dicha suma los aumentos que le corresponde por dividendos; pues como la Compañía no tiene accionistas que absorban los productos, reparte las utilidades entre los asegurados, y por ello el tenedor de una Póliza es, además de un asegurado, socio de la más poderosa Compañía del mundo. Muchos ejemplos de lo dicho anteriormente hemos visto en sus libros; entre otros citaremos el del virtuoso Cardenal John Mc Closkey. Este señor tomó en 1867 una Póliza por $ 10,000; pagó por premios solamente $ 8.772 y recibieron sus herederos en Enero de 1886, $ 15,762 ó sean $ 6,990 más de lo que pagó el Ilustrísimo Cardenal, y $ 5,762 más de lo que rezaba su Póliza. Esto lo produjo el aumento de los dividendos á que tenía derecho como socio y que comprueba lo antes dicho.

Otro ejemplo tenemos en Mr. Joseph Ward, presidente del Banco Essex, de Newark. Mr. Ward estaba asegurado hacía muchos años en $ 2,500 por cuenta de los cuales había pagado solamente $ 2,127. A su muerte recibió la viuda $ 7,015, cantidad á que ascendió la Póliza y sus dividendos como accionista.

Sería interminable la lista de casos como los anteriores, que hemos visto en la oficina de La Mutua.

Esta Compañía ha abierto agencias en el Extranjero, llevando allí también la tranquilidad á las familias. Sabemos que en Alemania tiene tres, una en México, una en Chile, otra en Bolivia, otra en el Perú y otra en la República Argentina, no haciendo mención de la del Canadá, porque la consideramos como de los Estados Unidos.

De Italia, de Australia, de Francia, de Constantinopla y de Centro América, tiene numerosas solicitudes para agencias. Varias hay en Cuba y las Antillas.

El informe dado por el Departamento de Seguros de Albany, certifica que el capital de La Mutua es el mayor de todas las Compañías de Seguros de Vidas de los Estados Unidos.

La Mutua, durante la guerra de separación, gozó de más crédito que el Gobierno, y la noble acción que tuvo para con los que fueron á la guerra, realza á sus directores.

Cuando se hizo necesario que el pueblo se alistase en el ejército para combatir á un enemigo que marchaba de victoria en victoria hacia Washington, muchos pensaban que sus pólizas caducarían por no estar á tiempo para satisfacer los premios, y otros que sus familias quedarían en completo desamparo. La Compañía cargó un pequeño extra á los primeros, y á aquellos que no estaban asegurados y que querían ir á la guerra, les dió su Póliza de Seguro.

Los edificios que posee La Mutua en los Estados Unidos son en sí una garantía de sus contratos.

El edificio principal, situado en las calles de Nassau, Cedar y Liberty, es el más hermoso, hasta hoy, en los Estados Unidos. Se halla ocupado en su parte principal por los diversos departamentos de la Compañía y el resto de las habitaciones (entre las que vimos estaba el núm. 707) se hallan ocupadas por el Tribunal de Comercio, por banqueros, por Compañías de Seguros y por otros muchos inquilinos que pidieron las habitaciones antes de que estuviesen concluidas. En el edificio paga tanto alquiler el del último piso como el del primero, pues cuatro magníficos ascensores evitan el subir las hermosas escaleras de mármol blanco. Su valor excede de $ 3.000,000.

La Agencia general y el Departamento extranjero están en el otro edificio que posee la Compañía en Broadway, esquina á Liberty. Este edificio se halla también ocupado en su totalidad por oficinas de banqueros y otras personas de negocios. Su valor no es tan subido como el del edificio principal, pero no por ello deja de valer $ 1.500,000.

Las Agencias en Boston y Filadelfia ocupan asimismo edificios en gran valor, propiedades ambos de la Compañía, y ocupados en su mayoría por banqueros y comerciantes.

La Compañía pagó por el terreno que ocupa la oficina principal en las calles de Nassau, Cedar y Liberty, $ 650,000 al contado. Los siniestros pagados por La Mutua en 1885 ascendieron á $ 14.000,000. Todos se pagaron sin demora, al presentarse las debidas pruebas de muerte de los asegurados.

Hé aquí el resultado del examen de los negocios de La Mutua, que ofrecemos á nuestros lectores, recomendándoles las ventajas que con ella pueden reportar.

**La Mutua,** Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, tiene sus oficinas en México, calle del Refugio núm. 15, siendo el *Sr. Tomás Horncastle,* Director general; *Sr. Carlos Sommer,* Gerente; y *Dr. Eduardo Licéaga,* Director Médico.